

Sócrates y su escuela habían hecho de Atenas el centro de las aspiraciones filosóficas. Si es de Atenas de donde parte la gran reacción contra el materialismo, también en dicha ciudad es donde se manifiestan las consecuencias morales de ese sistema con una intensidad bastante para provocar aquella reacción, en la que Platón y Aristóteles obtuvieron la victoria decisiva. Atenas no debió de tener atractivos para Demócrito: «Estuve, ha dicho, en esta ciudad y nadie me conoció.» Hombre célebre, iría, pues, al nuevo y brillante albergue de la ciencia para estudiar de cerca el movimiento que allí se manifestaba, y se volvería á marchar silenciosamente sin darse á conocer; por lo demás, es posible que el serio y vasto sistema de Demócrito influyese en esta época de fermentación intelectual de un modo no tan inmediato como ciertas teorías menos lógicas pero más fáciles de comprender de ese materialismo que, en el sentido lato de la palabra, dominaba en todo el período anterior á Sócrates. La sofística, así en su buen sentido como en el malo, encontró en Atenas un terreno favorable porque, después de las guerras médicas y bajo el influjo de las nuevas ideas, se produjo allí una revolución que había penetrado ya en todas las capas sociales.

Gracias á la poderosa dirección de Pericles, el Estado adquiere la conciencia de su misión; el comercio y el dominio de los mares favorecieron el desarrollo de los intereses materiales; el espíritu emprendedor de los atenienses alcanzó grandiosas proporciones y la época en que Protágoras enseñaba su doctrina estaba muy cercana cuando se elevaron las imponentes construcciones de la Acrópolis. La rigidez primitiva había desaparecido; el arte, realizando lo bello, alcanzó esa sublimidad de estilo que se manifiesta en las obras de Fidias; el oro y el marfil se emplearon en las maravillosas estatuas de Palas Partenopea y Júpiter Olímpico y, cuando la fe comenzaba á vacilar en todas las clases sociales, las procesiones en

honor de los dioses desplegaban una pompa y una magnificencia hasta entonces desconocidas. Es verdad que en todos conceptos Corinto era más material y más lujosa que Atenas, pero no era, como ésta, la ciudad de los filósofos; en Corinto se produjo una apatía intelectual y un desbordamiento de sensualismo que favorecieron y aun originaron las formas tradicionales del culto politeísta. Así es cómo en la antigüedad se manifiestan claramente las conexiones entre el materialismo teórico y el práctico tanto como las disidencias que les separan.

Si por materialismo práctico se entiende la inclinación dominante hacia el lucro y los placeres materiales, pronto vemos dirigirse contra él al materialismo teórico y á toda tendencia del espíritu hacia el conocimiento; hasta podemos decir que, por su severa simplicidad, los grandes sistemas materialistas de la antigüedad son mucho más propios que el idealismo soñador, que degenera en pura ilusión en seguida, para alejar el espíritu de las cosas bajas y vulgares é imprimirle una dirección durable hacia cuestiones dignas de su estudio. Sobre todo, las tradiciones religiosas, productos acaso de una aspiración á lo ideal, se mezclan fácilmente en el transcurso de los siglos con las opiniones materiales y groseras de las multitudes (abstracción hecha de ese «materialismo del dogma», que se halla en toda ortodoxia que ha echado profundas raíces), por poco que se prefiera el lado puramente material de la doctrina al espíritu que la ha dado nacimiento. El simple análisis de las tradiciones no remediaría tampoco ese vicio, porque no basta la instrucción para transformar masas de hombres en filósofos; por otra parte, no hay religión alguna, por petrificada que esté, cuyas sublimes formas no sean capaces de hacer surgir en el espíritu alguna centella de la vida ideal. Cabe formarse un concepto muy distinto del materialismo moral, siendo indispensable considerar en él un sistema de moral que hace nacer las acciones morales del

hombre de las diversas emociones de su espíritu, y que determina su conducta, no por una idea absoluta é imperiosa, sino por la tendencia hacia un estado deseado; esta moral puede llamarse materialista porque, como el materialismo teórico, descansa en la materia en oposición á la forma. Sin embargo, no se trata aquí de la materia de los cuerpos exteriores ni de la cualidad de la sensación como materia de la conciencia teórica, sino de los materiales elementales de la actividad práctica, de los instintos y de los sentimientos de placer ó de pesar; puede decirse que no hay en esto más que una analogía y no una evidente uniformidad de dirección, pero la historia nos muestra casi siempre esta analogía lo bastante poderosa para explicar la conexión de los sistemas. Un materialismo moral de este género completamente desarrollado, no sólo no tiene nada de innoble, sino que, como por una necesidad interior, parece también conducirnos á las manifestaciones más grandes y sublimes de la existencia y al amor de dichas manifestaciones, sentimientos mucho más superiores que el deseo vulgar de felicidad; además, una moral ideal, si es completa, no impide preocuparse de la felicidad de los individuos y en la armonía de sus inclinaciones.

Ahora bien, en el desenvolvimiento histórico de los pueblos no se trata simplemente de una moral idealista, sino de fórmulas morales, tradicionales, bien determinadas; fórmulas que se trastornan y vacilan por cada principio nuevo que aparece; porque en el hombre vulgar no descansan sobre una meditación abstracta, son producto de la educación y constituyen el patrimonio intelectual transmitido por numerosas generaciones. Sin embargo, la experiencia parece enseñarnos hasta ahora que toda moral materialista, por pura que sea, obra como factor disolvente, sobre todo en las épocas de transformación y transición, mientras que las revoluciones y renovaciones importantes y durables sólo triunfan con la ayuda de las

nuevas ideas morales. Son ideas morales de este género las que Platón y Aristóteles aportaron en la antigüedad, las cuales ni penetraron en el pueblo ni se las apropiaron las viejas fórmulas de la religión nacional; esas concepciones de la filosofía helénica no tuvieron influencia profunda más que en el desévolvemento del cristianismo de la Edad Media.

Cuando Protágoras fué expulsado de Atenas por haber comenzado su libro acerca de los dioses con estas palabras: «En cuanto á los dioses, ignoro si existen ó no existen», era demasiado tarde para salvar los intereses conservadores, á favor de los cuales Aristófanes había empleado inútilmente su influencia en el teatro; ni aun la condena de Sócrates pudo contener el movimiento de las inteligencias. Desde la época de la guerra del Peloponeso, á poco de la muerte de Pericles, la gran revolución comenzada principalmente por los sofistas transformó por completo la vida de los atenienses. La historia no ofrece ejemplo semejante de una disolución tan rápida como la de Atenas; mas por instructiva que pueda ser esta evolución histórica, hay que guardarse bien de sacar falsas consecuencias de ella. Tan largo tiempo como un Estado mantiene sus antiguas tradiciones y se desenvuelve con la sabia moderación que Atenas antes de Pericles, los ciudadanos se sienten unidos para defender contra los otros Estados los intereses exclusivos de su país. Enfrente de este patriotismo estrecho la filosofía de los sofistas y de la escuela cirenaica tiene visos de cosmopolita. A favor de un reducido número de razonamientos el pensador abraza de un solo golpe de vista un conjunto de verdades cuya aplicación en la historia universal exige algunos millares de años. La idea cosmopolita puede, pues, ser verdadera en general y perniciosa en particular, porque paraliza el interés que los ciudadanos tienen por el Estado y, por consecuencia, la vitalidad del Estado mismo. La conservación de las

tradiciones es un obstáculo para la ambición y el talento de los individuos; suprimirlas es hacer del hombre la medida de todas las cosas; sólo la tradición puede impedirlo; pero la tradición es el absurdo, porque la reflexión impulsa sin cesar á la renovación. Así lo comprendieron bien pronto los atenienses, no sólo los filósofos sino también sus más ardientes adversarios, los cuales á su vez aprendieron á razonar, á criticar, á discutir y á hacer teorías. Los sofistas crearon también el arte demagógico, enseñando la elocuencia con el único objeto de dirigir la multitud según el espíritu y el interés del orador.

Como las aserciones contradictorias son igualmente verdaderas, muchos secuaces de Protágoras se obstinaron en poner en evidencia el derecho individual é introdujeron una especie de derecho moral del más fuerte. Lo cierto es que los sofistas poseían una gran habilidad en el arte de influir en los espíritus y una profunda sagacidad psicológica, sin que sus remuneraciones, comparadas con los honorarios de nuestros días, fuesen más allá de la relación del capital con el interés; además, no se pensaba tanto en pagarles su trabajo como en poseer á cualquier precio un arte tan necesario al hombre. Aristipo, que vivía en el siglo IV (antes de J. C.) era ya un verdadero cosmopolita; la corte de los tiranos era su residencia favorita y más de una vez encontró á Platón, su antípoda intelectual, en casa de Dionisio de Siracusa, quien le estimaba más que á los otros filósofos porque sabía sacar partido de todo, y sin duda también porque se prestaba mejor á los caprichos del déspota. Aristipo admitía con Diógenes *el perro*, que nada de cuanto es natural es vergonzoso, por lo que la malicia popular le llamaba también á Aristipo *el perro real*; no había en este modo de pensar coincidencia fortuita alguna, sino más bien una similitud de principios que subsiste á pesar de la diversidad en las conclusiones de ambos filósofos. Aristipo vivía sin necesidades porque tenía siempre lo necesario y, bajo los ha-

rapos del mendigo, no hubiera sentido su existencia menos segura ni menos dichosa que en medio de las pompas reales.

El ejemplo de los filósofos que se complacían en residir en las cortes extranjeras y encontraban ridículo servir exclusivamente el interés particular de un solo Estado, fué seguido bien pronto por los embajadores de Atenas y de otras muchas repúblicas; ningún Demóstenes pudo ya desde entonces salvar la libertad de Grecia. En cuanto á la fe religiosa conviene hacer notar que, al mismo tiempo que disminuía en el pueblo por la influencia de las obras dramáticas de Eurípides, surgían nuevos y numerosos misterios. La historia nos muestra á cada paso que, cuando la clase instruída comienza á burlarse de los dioses ó que la noción de éstos se convierte en puras abstracciones filosóficas, la multitud medio ilustrada se vuelve indecisa é inquieta, se aficiona á toda clase de locuras y prueba elevarlas á la altura de una religión. Los cultos asiáticos, con sus ritos extraños y á veces inmorales, obtuvieron el éxito más grande; los de Cibele y Kottitos, el de Adonis y las profecías órficas que se apoyaban en los libros santos descaradamente apócrifos, se propagaron en Atenas como en el resto de Grecia; así comenzó la gran fusión religiosa que desde la expedición de Alejandro unió el Oriente al Occidente y cuya unión había de preparar y facilitar tan poderosamente la expansión del cristianismo.

El arte y la ciencia no se modificaron menos bajo el imperio de las doctrinas sensualistas; los sofistas popularizaron las ciencias empíricas; estos hombres, que estaban dotados, la mayor parte, de una vasta erudición y eran en absoluto dueños de un conjunto de conocimientos sólidamente adquiridos, estaban siempre dispuestos á ponerlos en práctica, y, aunque no investigaban las ciencias físicas y naturales, fueron sus constantes vulgarizadores; en cambio, á ellos se debe la creación de la Gra-

mática y el desarrollo de una prosa modelo, tal como la época exigía que se substituyese la forma ya estrecha de la antigua lengua poética; á ellos se deben, sobre todo, los grandes perfeccionamientos del arte oratorio; bajo el influjo de los sofistas la poesía cayó poco á poco de su altura ideal y, tanto por la forma como por el fondo, se aproxima al carácter de la poesía moderna; el arte de tener en suspenso la curiosidad y los rasgos espirituales y patéticos se reproducían cada vez más en las obras literarias. Ninguna historia mejor que la de los helenos prueba que, según una ley natural del desenvolvimiento humano, el bien y lo bello no son fijos y durables; no por eso hay derecho á hablar de: «el heno á la mañana verde, seco á la tarde», porque es ley de la eflorescencia misma el que las flores se marchiten y las plantas se dessequen, y, en este concepto, Aristipo estaba á la altura de su época al enseñar que no se es dichoso más que en el momento del placer.

CAPÍTULO III

La reacción contra el materialismo y el sensualismo. Sócrates, Platón y Aristóteles.

Retroceso indudable y progreso dudoso de la escuela ateniense opuesta al materialismo.—El tránsito de la individualidad á la generalidad le preparan los sofistas.—Las causas del desarrollo de los sistemas opuestos y la simultaneidad de grandes progresos al lado de elementos reaccionarios.—Estado de los espíritus en Atenas.—Sócrates reformador religioso.—Conjunto y tendencia de su filosofía.—Platón: tendencia y desenvolvimiento de sus ideas.—Su concepción de la generalidad.—Las ideas y el mito al servicio de la especulación.—Aristóteles no es empírico, sino sistemático.—Su teleología.—Su teoría de la substancia; la palabra y la cosa—Su método.—Ensayo crítico acerca de la filosofía aristotélica.

Si no viéramos más que una reacción contra el materialismo y el sensualismo en las obras de la especulación helénica que habitualmente se miran como las más sublimes y perfectas, correríamos el peligro de despreciarlas y criticarlas con el mismo tono acre que de ordinario se emplea al tratar del materialismo. En efecto: á poco que olvidásemos los otros aspectos de esta gran crisis filosófica, nos encontraríamos en presencia de la más deplorable reacción frente á una escuela filosófica que, teniendo conciencia de su derrota y de la superioridad intelectual de sus adversarios, se levanta pretendiendo la victoria y queriendo substituir las ideas más exactas, que lo iluminaban todo, con opiniones sólo reproducidas bajo una forma nueva y con una magnificencia y un vigor hasta entonces desconocidos, pero también con su carácter primitivo y pernicioso, los viejos errores del pensamiento antifilosófico.

El materialismo deducía los fenómenos naturales de